

## Cara a cara..



*H*ielo la sangre, el agudo sonido. El cuerpo del que escucha, se estremece. Se sacude, la serenidad del caminante. Sobresaltado despierta un remolón, que entreabre recién sus lentos párpados. Hay una nota disonante, en todo ese mediodía apacible del otoño. La ambulancia atropella la quietud del domingo, que transcurría lento.

Urgencia, emergencia, cruzando luces rojas y ansiedades negras. Hasta que llega a la casa, de donde se la llamó...

Una madre, grita su dolor de madre. Su corazón, se desgarró en minúsculos jirones, multiplicando su dolor al infinito. Hay culpa, hay impotencia, hay un “no puede ser” que todavía flota en la cocina de la casa. No es para ella la ambulancia; es para su pequeño hijo. Yace en el suelo, desmayado en su dolor.

Rojo salmón es parte de su cara, el cuello y la cabeza. Rojo salmón es el pecho, la espalda y parte del pequeño abdomen. Rojos, negros, marrones chamuscados de piel, alternando amarillentas ampollas... corroen el pequeño brazo, el hombro y casi la totalidad de su cara.

Cuatro años, casi un bebé. Y un comentario, sin respuesta: “vaya uno, a saber por qué...” ¿Por qué sus pequeñas manos buscaron jugar con las llamas, de una hornalla? No hay respuestas. Y las llamas, animales feroces y salvajes, asaltaron con odio su remera de nailon, adornada con ositos y pollitos. Y el pequeño se colgó, asustado, de la manija de una olla... y el agua hirviendo se derramó en cataratas, sobre él. El fuego impiadoso se apagó, pero el drama, comenzó.

Imagen lastimosa y bestial. Casi la mitad del pequeño cuerpo, deformado, cruzado y tachonado en profundas quemaduras. Médicos y enfermeras, diligentes y expertos, expertos y diligentes, con pericia consumada en lo que debían hacer. Y en lo que no debían hacer... Sanatorio del quemado. Líquidos, por vena; análisis, de todo tipo; cirugías, retirando tejidos desvitalizados; cirugías, llevando más y más, injertos e injertos de piel.

Alimentado, por sondas. Protegido, con antibióticos. Sometido al respirador y al riñón artificial. Recibiendo sueros, de todos los colores y tamaños. ¿Vive, o no? ¿Se salva, o no? ¿Respira solo, o no? ¿El corazón, le aguanta? Preguntas y preguntas, que a las pocas semanas, fueron reemplazadas por otra, tan angustiante como aquellas: ¿Cómo quedará...? ¿Cómo quedará...?

Y quedó, como quedó. Como casi siempre quedan, estos casos... Desapareció, gran parte de su cuero cabelludo. Su cara, nunca transpiraba y en ella, parecía latir, tener vida, una cicatriz monstruosa, deformante. De todo se intentó y nada – o casi nada -, se consiguió mejorar. Infiltraciones, siliconas, compresiones y hasta Láser, jamás pudieron contenerla.

Creció y llegó a grande, con su rostro deformado. La primera vez que se contempló al espejo, lanzó un grito de terror... y lloró amargamente. Creció y creció, con ese grito estrellado en su rostro. No era un fantasma, ni siquiera un monstruo. Sólo era un hombre, que ocultaba su rostro desfigurado y dañado, hasta de sí mismo. Complejo drama, imposible de ocultar tras una máscara, o de un burdo maquillaje. – *No. No tengo rostro...* - negaba, llorando empecinado, su perenne dolor. Y buscaba, buscaba, buscaba, una mágica salida.

Deformidad grave. Deformidad inocultable. Sinfonía silenciosa y patética. El principio de todo y el final de nada, revolcándose en un mar sin esperanzas. Cara de madera, clavada con punzones y puntas de hierro. Perspectiva acortada, de una afligida mirada. Destruir, para volver a construir en lo ya destruido, pensamiento obsesivo que lo asaltaba, en sus largas noches de insomnio. Insomnio, que lo hacía estragos. Apagado y triste, sin ganas de nada. Niebla púrpura, que trastocó una familia, una vida... y la ilusión de muchos.

Aniversario veinticuatro del día de su nacimiento. Diez y media de la noche. Suena el teléfono en su habitación. - *¿Eugenio? Parece que hemos conseguido una cara, para transplantarte ¿No tenés ninguna infección, verdad?* – Es la voz familiar del cirujano plástico. El mismo que lo atiende desde hace muchos años. – *Trata de dormir y preséntate en el Sanatorio, mañana a la mañana, a las siete en punto.*

Una hora más tarde, le confirman la cirugía. Un donante, en muerte cerebral, a raíz de un accidente de tránsito. Su hígado, riñón y corazón (que sigue latiendo), no son transplantables, por estar muy dañados. Pero piel y músculos de la cara, sí.

- *¿Dormir? ¿Qué fácil se dice...! ¿Y si fueran las últimas horas de mi vida? Pero es la única oportunidad que me queda...* - duda Eugenio, a pesar de haber anhelado desde siempre, ese momento – *volver a ser yo, y quitarme todas las complicaciones que enfrento cada día.*
- *¿Cómo me sentiré de llevar un rostro, que era de otro? ¿Podré soportarlo? ¿No me terminaré rechazando, a mí mismo? ¿Despertarme con el rostro de un cadáver...?–* estaba ingresando al quirófano y todavía su cerebro, lo bombardeaba con mil dudas y preguntas - *El riesgo de rechazar a mi nueva identidad existe, pero creo que será superable. Mi identidad, después de todo, no está sólo en mi rostro...*

Un equipo experto en técnicas de microcirugía. Vasos sanguíneos, arterias y venas, nervios, músculos faciales y grasa subcutánea, se tomaron de la cara del donante. Y los conectaron, con habilidad y paciencia, en la cara de Eugenio. Luego, se usaron los más recientes adelantos, para minimizar el rechazo inmunológico.

Lentamente, su cara tomó vida, identidad. Eugenio se imaginaba que el donante, había salvado su vida y su gratitud hacia él, era infinita. No era raro verlo acariciándose la cara, frente a un espejo e imaginando, como habría sido su donante. El éxito del trasplante, era categórico. Y la mejor prueba, era que al alta del hospital, nadie lo miraba con horror, cuando deambulaba por las calles. Parecía uno más.

Pero a doscientos kilómetros de ahí, una víctima de accidente de tránsito, respiraba con dificultad. Le habían quitado el respirador artificial y casi la mayoría de las drogas, que apuntaban su debilidad cardíaca. Igual, se aferraba a la vida, obstinado, tozudo, terco, ante la mirada atónita, estupefacta, de sus médicos. En vez de morir, vivía.

Días y semanas transcurrieron, afianzando la lenta, pero gradual mejoría de esa víctima de accidente. Increíble. Pero mejoraron su corazón, sus pulmones, riñones e hígado... aunque le faltaba la cara. No estaba. No la tenía. Sin cara, sin rostro, solo un hueco en su lugar. Piel, nervios y músculos de esa cara, estaban ausentes. Habían sido tomados – pocas semanas antes -, para injertárselos a Eugenio.

*... Fin...*